

LAURA GALLEGO

☾ ☾ ☾ ●
**CUATRO
LUNAS**

Mareas de magia



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2025

Dirección editorial: Berta Márquez

Coordinación editorial: Xohana Bastida

Dirección de arte: Lara Peces

Diseño: Eduardo Nacarino

Cubierta: Anna Franquesa

© Laura Gallego, 2025, en colaboración
con Agencia Literaria Antonia Kerrigan
www.lauragallego.com

© Ediciones SM, 2025
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1182-943-4

Depósito legal: M-2236-2025

Impreso en España / *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



LA PRIMERA VEZ QUE MILO oyó hablar del dragón del Pico Brumoso, tenía solo diez años y había acudido a la plaza a disfrutar de los festejos de la cosecha. Se había organizado un pequeño mercado, con algunos vendedores llegados de otras partes del valle. También había músicos decididos a hacer bailar a todo el mundo, y un veterano juglar relataba historias de tiempos pasados desde lo alto de un escaño.

En torno a este último se había reunido un grupo de niños entre los que se encontraba Milo. Se había acercado a ellos con curiosidad, pero no tardó en sentirse decepcionado.

—Hubo un tiempo en el que los dragones asolaban el mundo —estaba relatando el juglar—. Sembraban el terror en las aldeas, destruían las cosechas, devoraban el ganado y a menudo raptaban a niños como vosotros para darse un festín en su cubil. Y este pequeño valle no fue una excep-

ción. Seguro que vuestros abuelos ya os han contado la historia del dragón del Pico Brumoso... –Los niños se miraron y negaron con la cabeza-. ¿No? Pues debéis saber que este lugar tuvo su propio dragón, que causó estragos durante mucho tiempo hasta que...

–¿... hasta que un valiente caballero lo venció? –interrumpió una niña que se hallaba junto a Milo.

Él la conocía de vista, aunque nunca habían cruzado palabra. Se llamaba Doria; su familia pertenecía a la nobleza, o, al menos, eso le habían contado, y tenía propiedades en la ciudad. Pero ahora habitaba en un caserón de piedra en la zona alta del pueblo.

–No –respondió el juglar con una enigmática sonrisa–: hasta que entró en letargo. Un buen día, juzgó que ya tenía la panza bastante llena, se internó en lo más profundo de su guarida y se echó a dormir... Y allí sigue todavía, porque no hay aventurero capaz de encontrarlo ni Cazador que pueda vencerlo.

–Eso no es verdad –murmuró Milo.

Habló para sí mismo, pero Doria lo oyó y se volvió hacia él.

–¿Qué dices?

–No hay ningún dragón en el Pico Brumoso. De lo contrario, yo ya lo habría visto.

–¿Y quién eres tú? –preguntó ella con genuina curiosidad-. ¿Acaso vives allí?

–La mitad del tiempo, sí –respondió él con una media sonrisa–. Pero entiendo que tú no podrías... Es un lugar frío y muy húmedo, especialmente en invierno, y tú estás acostumbrada a vivir en una casa cómoda y calentita.

Doria entornó los ojos, pero no dijo nada. Los tenía de un color verde claro, casi felino, y su mirada desafiante asomaba bajo un flequillo negro como la tinta. Era muy diferente al resto de las niñas del pueblo, y a Milo le parecía guapa, a su manera. Pero acababa de descubrir que, por alguna razón, le resultaba muy satisfactorio hacerla rabiar.

Ella, sin embargo, no cayó en la trampa.

–¿Y por qué vives en el Pico Brumoso? ¿Es que no tienes casa?

–Sí que la tengo, pero no la visito mucho. –Le dedicó otra de sus medias sonrisas–. Alguien tiene que cuidar de las cabras, ¿sabes? Si no pastan en los mejores sitios, no dan buena leche, y en ese caso tú no podrías tener los quesos que sirven en tu mesa.

Mucho tiempo después, al recordar aquella conversación, Milo comprendería que había intentado llamar la atención de Doria, con escasa fortuna, desde el mismo instante en que había tenido la ocasión de conversar con ella. Pero en aquel momento solo se dedicó a provocarla, sin saber muy bien por qué lo hacía.

No obstante, aquella niña era un ave que volaba demasiado alto como para que las flechas pudiesen alcanzarla.

Ignoró las pullas del cabrero y devolvió la conversación al único tema que a ella le interesaba.

–Entonces, ¿nunca has encontrado el cubil del dragón?

–No hay ningún dragón, ya te lo he dicho. Conozco las montañas como la palma de mi mano. Si viviese allí un monstruo como ese, yo lo sabría.

Milo se dio cuenta entonces de que había elevado la voz. Se volvió hacia el juglar y encontró sus ojos fijos en él.

–Oh, de modo que nunca te has topado con el dragón del Pico Brumoso –resumió este con una sonrisa pícaro–. Eso se debe a que aún no ha llegado el momento adecuado. Pero llegará, muchacho, no te quepa duda. Y si resulta que estás allí para verlo porque, después de todo, conoces las montañas como la palma de tu mano..., te recomiendo que des media vuelta y salgas corriendo como alma que lleva el diablo. Con un poco de suerte, tal vez puedas escapar. Los dragones se despiertan del letargo con un hambre voraz, ¿no lo sabías?

El cuentacuentos había vuelto a captar el interés de su audiencia, que lo contemplaba con una mezcla de horror y fascinación. A Milo no le gustaba ser el centro de atención, por lo que bajó la vista, enfurruñado, y no añadió nada más.

Pero el juglar no había terminado.

–Seguramente os estaréis preguntando por qué os hablo ahora del dragón. Muy sencillo: esos monstruos duermen durante doscientos años, y después despiertan y salen de

sus guaridas para aterrorizar al mundo durante un siglo..., hasta que vuelven a hibernar. El ciclo del dragón del Pico Brumoso está a punto de completarse, niños. Porque ya han pasado doscientos años desde que se lo vio por última vez sobrevolando esas montañas.

Señaló con el dedo una cadena rocosa que serraba el horizonte. El Pico Brumoso, una montaña solitaria cuya cumbre estaba siempre envuelta en nubes, destacaba sobre todas las demás. Milo reprimió un suspiro de tedio. No había nada extraordinario en ese lugar. Solo rocas y hierba, algunos árboles y algún riachuelo. Y un montón de niebla.

No se quedó a escuchar la siguiente historia. Cuando estaba a punto de marcharse, sin embargo, alguien lo retuvo por el brazo. Se volvió para encontrarse con la profunda mirada de Doria.

–Oye, cabrero –le dijo con seriedad, sin el menor asomo de burla o desprecio en su voz–. Si alguna vez te topas con ese dragón..., ¿me lo dirás?

–Si no se me zampa antes, sí, te lo diré –bromeó él.

Pero ella no sonrió. Solo asintió, como si acabasen de firmar un pacto solemne.

–Gracias.

Milo hizo un gesto de indiferencia con la cabeza, pero no contestó. Apenas un rato más tarde, ya se había olvidado de su promesa.



Pasaron las estaciones, y Milo, inmerso en la rutina diaria, apenas volvió a pensar en Doria o en el dragón. A medida que se hacía mayor, además, su patrón le iba encargando más responsabilidades que ya no tenían que ver únicamente con la vigilancia del rebaño. Al muchacho, por tanto, lo preocupaban más los lobos, el mal tiempo o la salud de las cabras que los cuentos fantásticos del juglar. Tampoco Doria, con quien se cruzaba algunas veces en el pueblo, volvió a mencionar aquel tema.

Hasta la mañana en que todo cambió para siempre.

La jornada había amanecido gris y neblinosa. El tiempo empezaba a ser frío y algo húmedo, y las horas de luz se acortaban, anunciando ya el otoño. Milo había pasado el verano en los pastos altos de la montaña con su rebaño, pernoctando en cabañas y aprendiendo a elaborar quesos con la leche que ordeñaba. En unos días tendría que recoger sus cabras y llevarlas de vuelta al pueblo, donde pasarían el invierno, durmiendo a cubierto en el establo y saliendo a pastar a las praderas cada mañana.

Se estremeció y se ajustó la pelliza mientras contaba las cabras. Le parecía que no estaban todas, pero quería estar seguro.

Frunció el ceño. En efecto, había una menos.

Dejó al perro a cargo del resto del rebaño y se alejó para buscarla por los alrededores. La niebla impedía ver mucho más lejos, pero el chico aguzó el oído, atento al sonido del cencerro. No lo oyó, ni tampoco balidos. Procuró no

ponerse nervioso. Lo más probable era que la cabra se hubiese quedado atrás. Se dijo a sí mismo que no tardaría en encontrarla.

Subió por la ladera de la montaña. Cuando por fin se detuvo un momento y echó la vista atrás, ya no pudo distinguir la cabaña ni el rebaño, ocultos tras la bruma. Se preguntó, dudoso, si no sería mejor volver sobre sus pasos. Y justo entonces, oyó un balido un poco más arriba.

Reprimiendo un suspiro de alivio, corrió al encuentro del animal perdido. Silbó un par de veces y la cabra le respondió, esta vez desde más cerca. Milo se abrió paso entre los matorros, bordeando un risco que quedaba por encima de un impresionante precipicio.

Y allí encontró a la cabra, atrapada en un saliente. Probablemente habría bajado desde una peña más alta y después se había visto incapaz de avanzar o retroceder. El chico la calmó con suaves palabras y la guio despacio hasta la ladera. Una vez en campo abierto, la cabra lanzó un balido de alegría y se alejó brincando a toda velocidad. Conocía a la perfección el camino de regreso, por lo que Milo no se preocupó. Sabía que la encontraría con el resto del rebaño cuando llegase.

Cuando se disponía a seguirla, oyó de pronto un ruido extraño, como el de una lona golpeada por el viento. Algo enorme se movió a su espalda, alzándose hacia los cielos.

El cabrero se dio la vuelta sobresaltado.

Y vio una inmensa criatura que se elevaba entre la niebla, impulsada por dos grandes alas membranosas. Tenía la piel de color gris, la cabeza coronada por un par de largos cuernos y un esbelto cuello erizado de espinas. Cuando se alejó entre los picos rocosos y desapareció de nuevo en la bruma, agitando tras ella una larga cola acabada en punta de flecha, Milo se pegó a la pared de piedra, tembloroso. No se atrevió a moverse hasta que tuvo la certeza de que el monstruo se había marchado.

Era verdad que nunca se había cruzado con un dragón, pero sabía reconocer uno cuando lo veía.



Unas horas más tarde, varios hombres subían por aquella misma ladera. Algunos iban armados con lanzas y picas, pero la mayoría enarbolaba herramientas de labranza, como horcas y guadañas. Al frente de todos ellos iba el alcalde, con una antorcha en la mano para guiar al grupo entre la niebla.

—¿Tú estás seguro de lo que has visto, zagal? —preguntó en voz baja Baldo, el patrón de Milo.

Este asintió, un poco ofendido.

—¡Por supuesto! ¿O es que crees que habría recogido las cabras antes de tiempo por nada?

Baldo arrugó el entrecejo, pero no dijo nada. Era un hombretón serio y de pocas palabras, pero siempre había

tratado bien a Milo desde que, unos años atrás, lo había sorprendido tratando de ordeñar una de sus ovejas. En aquel entonces era solo un niño huérfano, escuálido y andrajoso, así que Baldo no se lo tuvo en cuenta. «Deberías saber que las ovejas no dan leche en invierno», le dijo, y, en lugar de denunciarlo a las autoridades, lo llevó a su casa, donde le ofreció una comida caliente y un jergón en una esquina. Al día siguiente, le dijo: «Necesito alguien con piernas jóvenes y fuertes que lleve a mis cabras a pastar a la montaña, porque a mí ya empieza a fallarme el paso. Si crees que puedes estar a la altura, conmigo nunca te faltará comida ni un techo bajo el que cobijarte». Y Milo, por supuesto, había aceptado.

Baldo era un buen patrón, justo y razonable, pero también exigente. Milo sabía que con él no valían los retrasos ni las excusas, y que no veía con buenos ojos a los haraganes y mucho menos a los mentirosos. El chico había tratado de engañarlo una sola vez, muy al principio, para librarse de una tarea que no tenía ganas de realizar. Baldo lo había descubierto y se había enfurecido tanto que Milo jamás había vuelto a intentar una treta semejante.

Desde entonces, habían construido una relación de confianza mutua. Baldo miró al cabrero a los ojos y este le sostuvo la mirada. Por fin, el patrón asintió.

–Te creo –dijo.

Parecía profundamente preocupado, sin embargo. Todos los hombres del grupo lo estaban en cierto grado, a caballo

entre la inquietud y el escepticismo. El alcalde se detuvo un momento para volverse hacia Milo.

–¿Dónde dices que has visto a la bestia?

El chico señaló el camino que había seguido aquella misma mañana, cuando buscaba la cabra perdida. La niebla se había levantado un poco, de modo que la ruta hasta el saliente era perfectamente visible.

El grupo decidió enviar a un par de hombres de avanzada para investigar. El resto los aguardó con nerviosismo. Cuando regresaron, sin embargo, anunciaron que no habían visto ningún monstruo.

–De todas formas, jamás he oído hablar de un dragón de color gris –comentó alguien–. Los dragones son rojos, verdes... Todo el mundo lo sabe.

Los hombres miraron a Milo con aire dubitativo.

–¿Seguro que no lo has imaginado todo, chico? –preguntó el alcalde.

Milo se sintió indignado.

–¡Yo sé muy bien lo que he visto...! –empezó, pero Baldo colocó la mano sobre su hombro.

–Quizá debemos buscar un poco más –sugirió con calma–, solo para asegurarnos.

En silencio, el grupo recorrió los alrededores, escudriñando cada rincón y cada sombra sospechosa en la pared de la cordillera. Al caer la tarde, volvieron a reunirse y acordaron regresar a la aldea.

–Creo que hemos perdido el día para nada –gruñó alguien.

Milo estaba muy seguro de que la criatura existía, pero no podía probarlo. Miró de reojo a su patrón, que permanecía en silencio, con gesto serio y reconcentrado.

–¿Quieres que mañana vuelva a subir el rebaño a los pastos? –se atrevió a preguntarle.

Baldo lo pensó un momento y negó con la cabeza.

–No vale la pena, a estas alturas del año. Dormirán en el establo hasta la primavera.

Milo asintió. Tenía la impresión de que Baldo estaba decepcionado, y eso quería decir, con toda probabilidad, que no le creía.

–¿Estás enfadado? –tanteó.

El pastor volvió a la realidad.

–¿Enfadado...? No, no. Más bien aliviado, supongo. –Frunció el ceño, pensativo–. Si realmente hubiese un dragón en estas montañas, sería catastrófico para todos. Así que... será mejor que lo hayas soñado todo, zagal.

Milo bajó la cabeza, con sentimientos encontrados. Ciertamente, no era plato de buen gusto para nadie ser el portador de malas noticias. Pero, dado que no habían hallado a la bestia, todos acabarían por pensar que sufría alucinaciones o, peor aún, que no era más que un embustero que quería llamar la atención.

Por otro lado, él tenía claro lo que había sucedido. Pero, como ya no debía regresar a las montañas hasta la prima-

vera, estaría seguro en la aldea. Quizá otras personas avisaran al dragón entretanto y, en ese caso, ya no le correspondería a él avisar a nadie. ¿Qué sucedería después? Lo cierto era que no lo sabía. Había oído que los dragones devoraban el ganado y que, cuando se aburrían o se sentían especialmente hambrientos, atacaban las aldeas en busca de presas humanas. Si, tal como el juglar había relatado, el dragón del Pico Brumoso había despertado de su letargo, a Milo y a su gente les aguardaban años inciertos.

Se estremeció, y no precisamente de frío. Una parte de él deseaba, en el fondo, que el alcalde tuviese razón y que todo aquello no fuese más que una extraña pesadilla.